

Juan y los Murmullos es un libro de 68 microrrelatos, o una novela contada en capítulos cortos, como quiera verse. Se vertebró a partir de Juan Rulfo, su vida y su obra *Pedro Páramo*, de ahí el número de micros o capítulos, uno por cada año de vida del autor.

En *Juan y los Murmullos* existen 4 tiempos-espacios simultáneos contados en presente: el del propio Rulfo, el de los Murmullos (seres que viven en él porque son parte de él), Comala y sus ánimas, y el de Juan Preciado, que es tanto observador de Comala como creación y compañero de Juan Rulfo. Los momentos relevantes en la vida literaria y personal del escritor están indicados con el año real aproximado en el ángulo inferior derecho del cuento en cuestión, siendo de los más significativos, la publicación de *El llano en llamas* y de *Pedro Páramo*, en lo profesional, o la aparición de Clara, su esposa, en lo personal. El alcoholismo también queda reflejado como parte del universo personal y literario con el que el autor tuvo que lidiar a lo largo de su vida.

Juan, querido Juan, este es mi tributo al mundo que, con genio y emoción, quisiste dejarnos. Espero que lo disfrutes.

Córdoba, 05 de mayo de 2019.

Ese perro. Otra vez, esperando, como si supiera de horarios, de planes. Algunos días, le insistía a Clara salir de paseo después de comer, con tal de no verlo. En México los perros tendrán muchos instintos, pero no el de la premonición, piensa. Clara, con su mano temblorosa, acaricia al perro.

—Pobrecito, le voy a dar algo de comer.

—No le des nada.... Clara, ven. ¡No me dejes con él!

Clara entra en la casa. Juan se sienta en la jardinera. Cierra los ojos deleitándose con los rayos de sol. Imagina la humedad de la vejez evaporarse de sus huesos amarillos, siempre amarillos. Juan mira al perro, flaco, pecoso como plátano pasado. Se parece al que un día le regaló su tío Celerino, el que lo guiaría cuando tuviera que reencontrarse con todos aquellos que ya no estaban; cuando fuera de vuelta a San Gabriel.

Clara regresa con unas salchichas y una palangana de agua. El perro, como un soldado en servicio, mueve la cola, pero no cambia de postura.

—Ya comerás cuando quieras.

Clara toma a Juan por el brazo y él se apoya en su bastón. Entran en la casa. Por la tarde, con el sol sobre sus rodillas, Juan mira por la ventana: el perro ya no está.

Al otro día, Clara abre la puerta para el paseo de antes de comer. En posición de vigía, mirando a la calle, el perro. A su lado, un manojo de jaras. Juan las mira con el aire atorado en la garganta: son las que se criaban en Comala.

1981

1

Un Murmullo, primero, ordena el caos, nombra los colores con sonidos hechos palabras, identifica la noche cuando todo se ensombrece. Encuentra a otro y, juntos, musitan *agua* cuando la madre bebe un sorbo de esa sustancia única, refrescante. Aparece el tercero al que muestran lo que conocen y después un cuarto a quien, entre todos, enseñan los sonidos con los que identifican el mundo de afuera. Cuando no pueden explicarse ni el trueno, ni la lluvia, se toman de la mano; resisten. Han dilucidado que entre ellos y la mujer hay alguien más volviendo de alguna parte. Sólo una idea los atormenta: ¿se trata este del inicio, otra vez?

1917

2

Hace tiempo que se acabaron las cosechas, todavía se oye el aire tibio entre las hojas del arrayán. El cartero toca la puerta. Sus nudillos levantan polvo en la madera seca. Como si el tiempo no hubiera pasado, Eduviges extiende la mano.

—Ah, es de mi comadre Doloritas.

El cartero sonrío, tímido. Eduviges repasa su cara tiznada de tiempo, sus pantalones rotos de tanto y tanto cruzar el olvido. Ha esquivado bandos durante la Cristiada, negociado con los contrarios: sólo le cortaron la lengua.

—Su hijo Juan viene de visita...

El aire se cuele por la puerta, alborotando el aroma rancio de las flores de obelisco metidas entre los recuerdos. El cartero sonrío sin mostrar los dientes, recoge el costal en el suelo, cruza el puente y sube la calle. Voces lo llaman, le mendigan razones, besos olvidados; un telegrama, cualquier noticia.

El cartero saca otra carta del costal. Desaparece con el reflejo de la tarde.

3

Los Murmullos se encuentran por la frente. Apretados, en lo oscuro, esperan.

Aguado y caliente como está, el niño siente el instinto: activa sus dedos-abanico; tienta con su cartilaguito-pie.

—Es tan frágil —se compadece un Murmullo.

Un terremoto exprime al niño hacia la luz. Los Murmullos resisten abrazados por los hombros. El niño busca apoyo, extiende el cuello y, flexible, encuentra acomodo en las caderas de su madre.

—¿Y si no aguanta? —pregunta un Murmullo angustiado.

El niño, confundido entre las olas, sigue el ritmo con la elasticidad de una culebra de agua; una fuerza superior lo obliga a buscar la libertad.

Entre el vaivén, el niño se abre camino hasta unas manos gigantes que lo exilian del océano de su madre. Los Murmullos reconocen el mundo, tan ensordecedor como en sus recuerdos. El niño recoge oxígeno y tiembla; sus manitas arrugadas quieren protegerlo. Los Murmullos perciben una claridad deslumbrante, pero no pueden verla hasta que el niño, frío de ausencia y de pena, abra los ojos.

—Pobrecito —se compadece un Murmullo—. Ha nacido muerto.

—Sólo que aún no lo sabe.